

Fue en Málaga.

***In memoriam* del P. Moisés González Crespo (+ 1980)**

Su recuerdo todavía permanece vivo en Málaga entre muchos Profesores y Alumnos que convivimos con él.

En septiembre de 1971 este cronista se incorporó al Colegio “Los Olivos” cuando casi todavía olía a pintura, las palmeras de la avenida apenas levantaban dos metros y todo brotaba con la fuerza que daban los 1605 alumnos que se habían matriculado para comenzar el curso. Juventud también del cuadro de Profesores y en más de media y abundante Comunidad, entonces con dieciocho religiosos. Estaba recién estrenada la nueva Ley General de Educación que se implantaría el curso siguiente.

Pasé a formar con el P. Moisés el pequeño equipo que llevaríamos Preescolar (78 alumnos) y la Enseñanza General Básica (860); compartimos el despacho en la primera planta (principal, con relación a la entrada oficial frente al Atabal), en el pequeño patio de la enfermería (planta baja de las Columnas y los Campos de deporte), junto a las aulas de preescolar.

Sufrimos las dificultades de la puesta a punto práctica de la EGB y de mentalizarnos que era algo nuevo y distinto: libro de consulta y estudio, libro de fichas y ejercicios prácticos, y programación semanal -señalando objetivos, contenidos, actividades y evaluación-, que los cursos sucesivos había que tener diseñada en septiembre. Todo eso supuso reuniones, discusiones, dudas... pero nos unió más a los Profesores y a nosotros dos.

El despacho era oscuro y frío -¡en Málaga!-, pero lo llenamos de carteles con la Programación General del curso y calendario de actividades extras. Preparando esas actividades muchas veces derivábamos a conversaciones más íntimas, de proyectos, de la vida religiosa, de la marcha de la Provincia... y de cuestiones personales.

Allí fue donde Moisés me confesó su proyecto de querer marchar a Panamá cuya presencia de la Provincia agustiniana del Escorial no hacía pocos años que se había establecido. Hablamos mucho de ello, pero lo que me sorprendió fue la clara visión que tenía de lo que deseaba teniendo en cuenta que era algo totalmente diferente: no quería parroquia de ciudad sino misión indígena en lo más apartado de la zona asignada a los agustinos, y vivir en, entre y cómo los Guaymies o Ngöbe -de origen Chibcha-, que habitaban la actual provincia de Chiriquí, distrito de Tolé, entre otros territorios del país.

Por medio de la embajada en Madrid tuvo alguna información de aquella tierra y aquel pueblo: costumbres, formas de vida material, antiguas creencias y tradiciones... Vivía entusiasmado y solía gastarle bromas sobre tales cosas de Málaga y lo que

encontraría en Tolé y su territorio, de tal forma que Tolé se convirtió en la palabra clave que despertaba su conversación y confesiones. No cabe duda que la idea que tenía de aquella realidad era vaga e imprecisa, pero la decisión era clara y firme el deseo. Al parecer la primera conversación con el P. Provincial no fue tan prometedora como esperaba.

Moisés era reservado, tenaz, invariable en sus opiniones y constante en sus objetivos. En una ocasión me confesó con esa sonrisa limpia e inocente que tenía que el Provincial le había dado esperanzas -yo creo que más, aunque no había fecha, o no me la dijo-, de que saliese de Málaga. Otro día me comentó sus lecturas: San Juan de la Cruz se le hacía difícil, pero le entusiasmaba su entrega y puesta en manos de Dios; la vida de San Francisco Javier le gustó mucho.

Le preocupaba su adaptación al nuevo mundo que encontraría porque no quería el ambiente urbano panameño sino el rural guaymí, con muchas carencias y poco desarrollado humana y culturalmente. “Ése es el que necesita escuchar la Palabra de Dios y saber que el Evangelio es un mensaje de esperanza y salvación”; casi con esas palabras. Y sonreía convencido en lo que decía. Mi pregunta era si estaba preparado y mentalizado para ese encuentro, que no sería fácil. Callaba.

Un día me dijo que le había dicho al prior que se retiraba al “Cortijo” una semana a hacer ejercicios. El Cortijo de Los Olivos era una casa de dos planta abandonada -en su día debió ser buena-, de la antigua finca; estaba situada en una pequeña vaguada en un extremo de la propiedad, por encima de las piscinas y de lo que luego sería la entrada oficial al “Pabellón nuevo”, frente al comedor de los alumnos y la cocina. La casa se conservaba en malas condiciones pero no amenazaba ruina.

Como era terco, pero valiente, se aisló completamente en condiciones duras: materialmente durmió en el suelo y se alimentó con pan y agua; espiritualmente proyectó rezar el breviario y el rosario, leer en Nuevo Testamento y escuchar a Dios. Lo consideraba una prueba fundamental y yo solo le dije que adelante. Luego lo repetió otra vez.

Regresó contento y de alguna manera transformado; no soy amigo de preguntar y escucho lo que me cuentan. Solo me dijo que había visto claro muchas cosas y que su vocación panameña era más clara que antes; volvió a sonreír cuando le dije que en el “Cortijo se había producido su conversión” y le gustó la denominación que le había puesto y así la llamaba yo cuando hablábamos del tema.

Como la mayoría de las personas, Moisés no era dado a comunicar experiencias íntimas de conciencia, o no lo fue conmigo, salvo cuando salía el tema de la pobreza de la Iglesia, de la Orden y del Tercer Mundo; entonces se volvía tajante y claro: “el Evangelio es anuncio de liberación a los pobres; desde la riqueza y el poder no se puede hacer” (tampoco son palabras literales pero sí el sentido). Alguna vez he pensado que hubiese gozado leyendo a Santo Tomás de Villanueva si hubiese

dispuesto de la edición actual de las Obras Completas, con ese mensaje claro y sencillo sobre los pobres y la pobreza.

El curso académico siguiente (1972-1973) compartimos la actividad y despacho en la EGB con la llegada del P. Alcalde (+); cuando estábamos solos y salía el tema de Panamá estaba más asentado en su vocación y en el deseo de llegar pronto a su nuevo destino. A partir de Semana Santa de 1973 me confesó que se marcharía en verano. Guardé absoluto silencio pero alguna vez le decía que un día menos para comenzar la vida que había entrevisto en su “conversión”. Sonreía. En agosto marchó a Tolé; me quedé como director de la EGB y en Navidad escribió una felicitación para todos los Profesores de Básica donde nos decía que era feliz porque había llegado donde quería.

En recuerdo de esa estrecha convivencia me uno a aquel equipo de Profesores y bien podemos aplicar al P. Moisés González los versos finales que, casi como epitafio, dedica Jorge Manrique a su padre el Maestro don Rodrigo:

*“Que aunque la vida perdió,
dejónos harto consuelo
su memoria”.*

F. Javier Campos y Fernández de Sevilla

10 de octubre de 2018 en San Lorenzo del Escorial,
Festividad de Santo Tomás de Villanueva,
universitario, agustino y arzobispo de Valencia,
y conmemoración de las Bodas de Oro del
Colegio “Los Olivos” de Málaga.